
Inventando la civilización occidental¹

Thomas C. Patterson²

Resumen

La idea de "civilización" evoca ponderosas imágenes. Hemos aprendido desde la primaria y en adelante que unas pocas personas de la antigüedad, como los egipcios o los griegos, fueron civilizados y que la civilización ha finalmente logrado su más alto nivel de desarrollo en los Estados Unidos y otros países occidentales. La civilización se presenta como benéfica, deseable, y definitivamente preferible a ser incivilizado. Después de todo, ella otorga el progreso tecnológico, la más alta productividad, y los más altos estándares de vida a unos pocos. Por otra parte, la gente civilizada es pulida y refinada, más rica y feliz que sus predecesores y vecinos incivilizados. La idea de civilización siempre ha tenido sus impulsores y críticos. Aquí, quiero explorar las similitudes y diferencias en las dos perspectivas.

Palabras clave: Civilización, progreso, arqueología.

Abstract

The idea of "civilization" evokes powerful images. We learned from elementary school onwards that a few ancient peoples, like the Egyptians or Greeks, were civilized and that civilization has finally achieved its highest level of development in the United States and other Western countries. Civilization is beneficial, desirable, and definitely preferable to being uncivilized. After all, it brings technological progress, greater productivity, and higher standards of living to a few. Moreover, civilized people are polished and refined, wealthier, and happier than their uncivilized predecessors or neighbors. The idea of civilization has always had its boosters and critics. Here, I want to explore the similarities and differences in the two perspectives.

Key words: civilization, progress, archaeology

Los impulsores de la civilización

Los impulsores típicamente definen civilización en términos de jerarquías de sociedades, culturas, o razas. Las civilizaciones son siempre estratificadas por clases, basadas en el Estado, y las gentes civilizadas siempre pertenecen a esas clases cuya privilegiada existencia está garantizada por las instituciones y prácticas del Estado. Pueblos incivilizados, o bien no pertenecen a las clases o bien viven en los márgenes de la civilización, donde la capacidad del Estado para el control de sus vidas es débil o episódica.

¹ Traducción: Wilhelm Londoño, Universidad del Magdalena

² Universidad de California, Riverside

La idea de civilización fue una parte importante de la ideología subyacente al surgimiento del Estado moderno. El proceso, que comenzó en el Renacimiento, cobró impulso en el siglo XVI, especialmente con la llegada de enormes cantidades de riquezas y metales preciosos saqueados de las Américas. La formación de los Estados modernos se relaciona con la aparición de las clases sociales así como con el auge del nacionalismo, las lenguas nacionales, y las literaturas nacionales; después de la Reforma, preceptos religiosos basados en la división entre católicos y protestantes se han añadido al proceso.

El surgimiento del Estado moderno fue además marcado por las cambiantes relaciones entre la monarquía, la nobleza, y sus subordinados. Los monarcas contrataron abogados con formación universitaria para especificar la naturaleza de esas nuevas relaciones sociales; los abogados basados en las autoridades jurídicas romanas que habían estudiado en las universidades, obtuvieron nociones que definían a los ciudadanos y súbditos, describían sus relaciones con el Estado, y las regulaciones de las actividades económicas y las relaciones con los otros. Esos intelectuales comenzaron a elaborar la idea de civilización.

En la década de 1560 juristas franceses—como Jean Bodin y Loys Le Roy, hijos de familias de ricos comerciantes, cuya fama y fortuna se basaba en sus estrechos vínculos con el monarca—comenzaron a usar las palabras *civilité* y *civilize*—palabras derivadas del latín—para describir personas, como ellos, quienes estaban organizadas y gobernadas de acuerdo a ciertas formas políticas, quienes pensaban que sus artes, letras exhibían cierto grado de sofisticación, y quienes creían que sus maneras y moralidad eran superiores a las de campesinos y otras personas que no eran urbanas, cortesanas, civiles, y letradas o que vivían en el mundo salvaje. Desde el siglo XI en adelante, las personas incivilizadas fueron descritas como rústicas—esto es gente de campo quienes, por virtud de su lugar en la sociedad, eran considerados estúpidos, groseros y mal educados.

La expansión de ultramar

La idea de civilización fue forjada en el contexto de la expansión colonial europea al interior de África, Asia, las Américas e Irlanda. Los europeos emplearon categorías del pensamiento medieval—como hombres del monte, idólatras, infieles, paganos, salvajes y barbaros—para describir gentes que carecían de gobiernos letrados y centralizados, de estructuras de clases, o de lugares permanentes de residencia.

Por ejemplo, en la década de 1570, Sir Thomas Smith, el secretario inglés de Estado, alentaba a transformar Irlanda en una colonia, explotar su fuerza de trabajo, y hacer que Irlanda permanentemente dependiera de pobladores ingleses. Él describía los habitantes de Irlanda como “...gente perversa, bárbara e incivilizada, algunos escoceses e irlandeses salvajes”, quienes eran incapaces de ser civilizados. Aún reconociendo que ellos eran católicos, los irlandeses fueron pensados, en la óptica de Smith, un poco más que paganos o infieles. Su meta era

forjar y mantener una sociedad jerárquica con los pobladores ingleses en la cima y los irlandeses en la base. Smith escribió:

A cada irlandés le queda prohibido usar el uniforme inglés o armas, so pena de muerte. Los no irlandeses, nacidos de la raza irlandesa y criados en Irlanda, compraran la tierra, tendrán oficinas, serán escogidos para cualquier magistratura, o serán testigos legítimos en cualquier proceso real o personal y no estarán sujetos a ningún arte o ciencia que pueda infligir a los súbditos de la reina majestad (Citado por: Quinn 1958:27)

Smith fue asesinado pocos años después por sus sirvientes irlandeses.

Al mismo tiempo, el misionero jesuita, José de Acosta quien más tarde se convertiría en el emisario del rey de España ante el Papa, igualmente exploró la relación entre los civilizados y los bárbaros. Él creía que la educación cristiana había hecho poco por erradicar las creencias y prácticas paganas de la gente de los Andes, igualmente pensaba, que las lenguas indígenas carecían del vocabulario necesario para transmitir las sutilezas del cristianismo. Desde esta perspectiva la gente de los Andes era idólatra. En *La naturaleza del Nuevo Mundo*, escrito en el final de la década de 1570, él construyó una tipología de sociedades no cristianas basado en los tipos de idolatría que los miembros de cada una de ellas practicaba además del tipo de métodos que darían lugar a su conversión.

Allí estaban las monarquías no cristianas, como China y Japón, que tenían escritura y gobiernos; sus miembros podrían ser convertidos a la cristiandad a través de una enseñanza pacífica. Estaban los bárbaros iletrados, como los Incas y los Aztecas, con gobiernos y sitios de residencia, cuyos miembros carecían de la habilidad de la inteligencia y el raciocinio de los antiguos griegos y romanos; convertirlos requería un fuerte gobernador cristiano que haría cumplir su adherencia a la religión cristiana. Finalmente estaban los salvajes quienes carecían de leyes, gobierno, asentamientos permanentes; su conversión sólo podría llevarse a cabo por la fuerza y requería la colaboración de los soldados y los misioneros.

La idea de progreso

Algunos escritores de finales del siglo XVI, adeptos a la sentencia de Platón de que los primeros seres humanos fueron desnudos habitantes de la foresta, señalaron una obvia inferencia de modelos como los de Acosta: los antiguos habitantes de Europa fueron rudos e incivilizados como los salvajes habitantes de la selva descubiertos por los portugueses y españoles en África y las Américas. Por ejemplo, en 1568, Lois Le Roy usó el verbo *civiliser* para describir los cambios de una condición primitiva, natural, a una más avanzada por medio del progreso moral, intelectual y social. Para Le Roy y otros miembros de élite ideológica de la corte, la vida en el presente definitivamente no fue inferior a las formas de

vida en el pasado; de hecho, los cambios que habían ocurrido eran acumulativos, direccionales y deseables. Ellos creían que las sociedades de Europa moderna eran más avanzadas que sus predecesoras. Esto fue una nueva teoría de la historia ahora llamada la idea de progreso.

En 1577, Jean Bodin usó la idea de progreso para interpretar el desarrollo de la historia humana. Él argüía que la historia de la humanidad estaba dividida en tres grandes periodos, cada uno dominado por personas de un área geográfica particular. Las gentes de Oriente—los babilonios, persas y egipcios—dominaron los dos primeros milenios a causa de sus innovaciones en religión, filosofía, y matemáticas, además por su habilidad para arrancarle secretos a la naturaleza. Las gentes del mediterráneo—los griegos y los romanos—reinaron durante los siguientes dos milenios por su conocimiento práctico, sus sobresalientes estadistas, y sus artes políticas. Finalmente, las naciones del norte salieron a flote por sus habilidades en la guerra y por sus invenciones mecánicas.

El cambio de centro de gravedad en la historia humana fue un proceso natural, resultado de condiciones naturales que actuaron sobre las personas con diferentes capacidades y debilidades. Él estableció los fundamentos para una teoría de la historia que es todavía actual: La civilización empezó en tierra sagrada, pasó a Grecia y Roma, y después alcanzó su máximo nivel de logros en las naciones del norte de Europa.

Razón, ciencia, y el inicio de la modernidad

Alrededor de 1600 la élite súbdita de la corona empezó a argumentar que la aplicación de la razón era el motor que sustentaba el progreso. Si la razón era aplicada sistemáticamente, entonces las costumbres y la superstición podrían ser eliminadas, la naturaleza mejor entendida y conquistada, y las instituciones sociales mejoradas. Desde esta óptica, la razón era una habilidad abstracta que no dependía de cuerpos particulares de sujetos concretos. Era un instrumento que todo ser humano--propiamente educado en el método científico, por supuesto—podría aplicar. Dada la estructura de clase y el acceso a la educación, esto realmente significaba que la razón era ampliamente de dominio de los hombres de elite. Ellos predicaban en una nueva era de la historia humana, una era en la cual la racionalidad intervenía y eventualmente sumergía la tradición.

En 1637, René Descartes resaltaba que los barbaros empezaron a comportarse racionalmente cuando hicieron leyes para regular crímenes y conflictos. En otras palabras, la aplicación de la razón era el proceso civilizador. Así, las sociedades modernas o civilizadas eran racionalmente organizadas; ellas eran superiores a sus predecesores y contemporáneos menos racionales. Ellas eran como máquinas dirigidas por la ley, cuyos miembros aplicaban la razón para nutrir el cambio y el progreso en contraste con las estáticas y atrasadas sociedades de los salvajes y bárbaros que no lo hacían.

El crecimiento de la razón liberó a los civilizados de las restricciones y tradiciones típicas de la sociedad medieval. El incremento de la racionalidad de los civilizados incrementaría la conquista de la naturaleza la cual, a su vez, desencadenaría rápidos, benéficos y rentables cambios en el futuro, especialmente para las clases urbanas comerciales. Desde su perspectiva, el crecimiento de la razón y el progreso que se produjo, significaba que el futuro ofrecería oportunidades casi ilimitadas.

Civilidad, Sociedad civil, y el Estado

En el siglo XVI, oficiales del gobierno e intelectuales contratados por él, usaron las ideas de civilidad y sociedad civil, para legitimar la idea del Estado. La sociedad civil solo podría florecer cuando hubiera gobierno, y la promulgación de leyes para regular crímenes y revueltas fue, como Descartes lo sugirió, la esencia del proceso civilizatorio. Descartes y sus contemporáneos creían que, sin gobierno, aún las gentes civilizadas volverían al salvajismo. Esto pararía y rápidamente reversaría el motor del progreso. Desde esta perspectiva, la superioridad europea existía precisamente porque el gobierno y un medio social promovían el desarrollo de las artes y las ciencias.

En 1651, Thomas Hobbes usó la noción lógica (no histórica) del estado de naturaleza para describir las interrelaciones entre el gobierno, la ley, y la sociedad civil. En el *Leviathan*, él retrató la condición natural de la humanidad como una Guerra en la cual la vida era solitaria, brutal, y corta. En este estado de naturaleza, los seres humanos eran individuos autónomos conducidos únicamente por la necesidad de satisfacer sus apetitos y aversiones. Desde esta óptica, la única salida de las deplorables condiciones que prevalecían en el estado de naturaleza, que él pensaba caracterizaba a las sociedades de indígenas americanos, era establecer la paz. Esto únicamente podría ser logrado si los individuos eran conquistados o cedían el poder a un soberano quien, a cambio, estaba obligado a asegurar la paz, la justicia, y la propiedad. Así, la sociedad civil se formaba por la constitución del Estado, el cual aseguraba tranquilidad al proveer leyes y prescribir formas de conducta apropiada para los ciudadanos de una sociedad de buenas maneras (política). La emergencia de la sociedad civil, de tal suerte, creaba las condiciones y los requerimientos para el desarrollo de la industria, las artes, y el conocimiento.

Economía política, filosofía moral e iluminismo

Un siglo después, intelectuales del Estado escocés, como Adam Smith fueron seguidos por sus ideas. Argumentaba que el Estado era necesario para regular las relaciones económicas entre los hombres por medio del mantenimiento de los principios de justicia, la protección de la propiedad privada, el comercio, y los contratos. Él describió el surgimiento de la civilización--esto es, de la sociedad comercial, de la siguiente manera. Las primeras sociedades fueron compuestas

de pequeños números de individuos quienes se abastecían ellos mismos por medio de la caza y la recolección. Como su número se incrementaba, ellos domesticaron animales y se convirtieron en pastores. Como su número se incrementó aún más, esas comunidades ocuparon medios ambientes favorables en áreas templadas para la agricultura. Esto fue seguido por un incremento significativo de la división del trabajo, pues los artesanos no estaban en condiciones de producir sus propios alimentos y además se establecían en ciudades para buscar sus artesanías y para trocar bienes o para intercambiarlos por dinero con otros miembros de la comunidad y con otras naciones. La culminación de este proceso de desarrollo fue una clase de sociedad civil y comercial que emergió en muchos países de Europa. Para que el crecimiento económico ocurriera, el Estado debía ser liberal, las libertades individuales debían ser protegidas y coordinadas, y la propensión del hombre al intercambio y comercio debía tener la más gran libertad. Esto sería bien logrado, él argumentaba, por una forma de gobierno en la cual el poder judicial y el ejecutivo estuvieran separados. Mientras esto promovería el progreso en el comercio y la industria y preservaría la libertad personal, la seguridad y el estado de derecho. Esto igualmente reforzaría la existencia de una jerarquía social con sus clases empobrecidas y sin educar.

Los economistas políticos franceses y escoceses quienes acuñaron la palabra civilización en la década de 1760 y 1770 creían “que la sociedad comercial contemporánea era la más alta condición a la cual los humanos podrían aspirar y que tal sociedad era posible lograr--posible para todas las personas--de un determinado, inteligible, y, en algún grado, controlable proceso histórico” (Pagden 1988:34).

En la década de 1800, los promotores cada vez más consideran la civilización como un proceso y una condición lograda caracterizada por el orden social, la conducta y las maneras refinadas, y la acumulación de conocimiento. Reflejaba un cierto desarrollo de la condición humana y del intelecto. Para la década de 1820, ellos se preguntaban si existía una cosa tal como una civilización universal o si la civilización era el producto de personas particulares o naciones en diferentes tiempos y lugares. Al encuadrar el problema de esta manera rápidamente esto les permitió hacer comparaciones entre diferentes civilizaciones en el pasado, como también en el presente, rápidamente aparecieron discusiones que trataban de la antigua Grecia, la Francia moderna, o el renacimiento europeo.

Industria, progreso, y civilización

Para Augusto Comte, en la década de 1849, la civilización había evolucionado a causa de las leyes naturales que operaban en la naturaleza humana y que redundaban en el desarrollo de la mente humana y la conquista de la naturaleza. La civilización de Europa occidental estaba en el tope de la jerarquía de las sociedades que se extendía atrás en el tiempo hasta “...una condición que fue parcamente superior a las sociedades de grandes simios” (citado por: Bock 1956:5).

Evolucionistas sociales--como Herbert Spencer--decían que los mundos humanos y naturales estaban gobernados por la misma clase de leyes inmutables. Ellos definían el progreso como un cambio direccional, un lento y constante proceso que se desplegaba en una escala global. Mientras ellos generalmente veían la naturaleza humana como uniforme, también creían que el progreso humano era desigual en un doble sentido: las diferentes partes que componían la humanidad avanzaban a diferentes velocidades, y el ritmo con el cual una particular sociedad se desarrollaba variaba durante los diferentes estadios de su evolución. Ellos argumentaban que los componentes superiores o avanzados de la humanidad podrían ser distinguidos desde el telón de fondos de los componentes inferiores de la sociedad. Ellos usaron la evolución social para apuntalar los argumentos sobre la existencia de jerarquías culturales o raciales.

En la década de 1850, Herbert Spencer hizo una fuerte distinción entre el hombre primitivo y el civilizado. La conducta, emociones, y el intelecto del hombre primitivo reflejaban más de cerca el medio ambiente natural que el de los hombres civilizados. Los primitivos carecían de curiosidad, imaginación, y de la habilidad para pensar abstractamente; ellos tendían a ser impulsivos, antisociales, y profundamente enraizados en la tradición. La razón era que ellos sólo tenían simples sistemas nerviosos, lo cual era resultado de su forma salvaje de vida. El hombre civilizado, en contraste, era todo lo que el hombre primitivo no: curioso, imaginativo, y capaz del pensamiento abstracto; él era social y receptivo al cambio. Los niños civilizados recapitulaban todo los rasgos físicos, emocionales, e intelectuales del hombre primitivo durante su crecimiento.

Darwinismo social y civilización

La teoría de Spencer fue muy influyente en los Estados Unidos y Europa. Ellos suscribieron la idea de que las diferencias entre individuos, sociedades, razas, naciones, y aún corporaciones estaban enraizadas en la naturaleza humana o aún en la naturaleza misma. Esta ideología del Darwinismo social vio e interpreto al mundo a través de los lentes de “la supervivencia del más fuerte”. Esta idea fue muy influyente entre el inicio del siglo XIX y la primera guerra mundial; fue revivida en la década de 1970 y se llamó sociobiología. Mientras el Darwinismo social no es el mismo que la teoría biológica de la evolución de Charles Darwin, ambos construyeron desde la perspectiva de Thomas Malthus.

Dado que los Darwinistas sociales creían que todas las cosas progresaron naturalmente desde formas bajas a más altas o avanzadas, ellos construyeron varias clases de jerarquía para retratar las relaciones desarrolladoras de esos elementos. Las formas “más fuertes” que se encuentran en el tope de las jerarquías, eran esas consideradas más perfectas o que tenían un progreso más arriba de la escala evolutiva. Por ejemplo, el embajador de los Estados Unidos en Inglaterra en 1840 declaraba que “ la raza anglo-sajona, de la cual nosotros los americanos trazamos nuestra descendencia, no es superada por otra que haya existido” y, el señor John D. Rockefeller, un Darwinista social radical, señalaba

que “el crecimiento de un gran negocio era simplemente la supervivencia del más fuerte... simplemente la elaboración de una ley de la naturaleza y la ley de dios”.

Los Darwinistas sociales estaban de acuerdo con ideas como que las civilizaciones eran creadas por elites que prosperaban por conocer cómo dominar clases subordinadas y comunidades. En los Estados Unidos, ellos estuvieron además estrechamente en sintonía con políticos y hombres de negocio quienes construyeron museos, financiaron ferias mundiales, y usaron el estereotipo del un incivilizado, homogenizando a la sociedad americana indígena “como una línea de base para medir el grado del progreso material” que ellos estaban creando.

Crecimiento económico, neo-evolución, y civilización

La popularidad de la evolución y el progreso como metáforas para describir la sociedad humana, que había menguado en la década de 1900, revivió después de la segunda guerra mundial. Esto fue especialmente cierto en los Estados Unidos, el cual tenía una de las pocas economías industriales que no fueron destruidas durante la guerra. Durante este periodo, los Estados Unidos se concibieron asimismo como el centro y la fuerza conductora de la civilización occidental.

Muchos académicos estadounidenses y funcionarios del Estado creían que la civilización occidental era progresiva, que la Unión Soviética era esencialmente un incivilizado despotismo oriental. Que otras civilizaciones eran arcaicas, y que las personas de afuera de la órbita de la civilización eran el fondo y reflejo de los estadios tempranos en la evolución social en Occidente; ellos estaban congelados en el tiempo como resultado de su aislamiento de Occidente y su resistencia a sus objetos y valores. Desde su óptica, el capitalismo industrial representaba el más alto desarrollo de la civilización tanto en el sentido material como moral; ellos consideraban el progreso como crecimiento económico o evolución, ambas reconstruidas sobre la reedificación y la expansión de las fuerzas productivas.

En la década de 1950, antropólogos, como Julian Steward, estuvieron preocupados por los mecanismos causales que sustentaban el desarrollo de las civilizaciones. Steward (1950:102-105) proveyó una elaborada teoría de la historia para dar cuenta de su aspecto:

Al principio hubo pequeñas comunidades de agricultores incipientes. Más tarde las comunidades cooperaron en la construcción de trabajos de irrigación y la población se incrementó y se estableció más. Las villas se amalgamaron en Estados bajo normas teocráticas... Finalmente la cultura cesó de desarrollarse, y los Estados de cada área entraron en competición unos con otros... Una era de conquista cíclica seguida...

Para los historiadores esta era de conquista cíclica es protagonizada por grandes hombres, guerras y batallas estratégicas, cambios de centro de poder, y otros eventos sociales. Para el historiador cultural los cambios son mucho menos significativos que los ocurridos en eras previas cuando las civilizaciones base se desarrollaron en Oriente próximo, con las sociedades de posteriores a la Edad de Hierro cuando los patrones culturales cambiaron de nuevo y los centros de la civilización cambiaron hacia nuevas áreas.

La revolución industrial trajo profundos cambios culturales a Europa occidental y causó la lucha por colonias y por áreas de explotación. Japón entró en la competencia tan pronto como adquirió el patrón general. Los reajustes al poder causados por las pérdidas Alemanas en la primera guerra mundial y por las pérdidas Italianas y Japonesas en la segunda guerra mundial son de orden social. Qué nuevos patrones resultarán de estos restos que permanecen a la vista.

El supuesto general hoy día parece ser que nosotros estamos en peligro de cambios culturales básicos causados por la dispersión del comunismo. Rusia adquirió drásticamente nuevos patrones culturales como resultado de su revolución. Que el comunismo tenga el mismo sentido en otras naciones tiene todavía que ser determinado.

En suma, desde el año 1500 en adelante, los intelectuales occidentales han visto su propia sociedad como más avanzada que las del mundo antiguo. Ellos han enfatizado los supuestos rasgos positivos--desarrollo material, progreso, y modernidad--y las condiciones para promoverlos. Ellas han retratado los rasgos negativos--como la crisis espiritual de incremento de alienación y la pauperización de un creciente número de personas--como un fenómeno transitorio que puede ser eliminado ya sea removiéndolos de la vista o construyendo prisiones para albergar esos sectores de la población que no son beneficiosos para el desarrollo de la civilización capitalista basada en el consumo de mercancías.

La civilización y sus críticos

Mientras los defensores de la civilización clamaban que la civilización es deseable y necesaria, críticas de diversos puntos de vista comprendieron inmediatamente que el surgimiento de la civilización era un proceso lleno de contradicciones, y, para mediados de 1500, ellos ya estaban elevando cargos contra el orden social emergente. De un lado, ellos condenaban la manera como las civilizaciones manejaban a los subordinados coloniales y, por extensión, a las clases subordinadas en los países metropolitanos. Ellos señalaban las prácticas genocidas y etnocidas de la política colonial. De otro, ellos cuestionaban los dilemas que acompañaban el surgimiento de la civilización: incremento de la

iniquidad junto con el constante incremento de la alienación, pauperización, y la represión del deseo. Ellos exploraron las diferencias culturales separando los civilizados de los no civilizados para mostrar el barbarismo de la civilización.

Siempre ha habido interpretaciones alternativas del significado de civilización. Esta multiplicidad de miradas tiene mucho que ver con el hecho de que ellas expresan los sentimientos de personas que ven el mundo diferentemente de esos que ocupan un peldaño superior de las jerarquías sociales suscritas por la civilización occidental. Como críticos entretejieron las dos cadenas, lo que borró las diferencias entre ellos, ellos construyeron constantemente devastadoras críticas del nuevo orden social.

Una crítica del siglo XVI de la sociedad civil

Michel de Montaigne—un contemporáneo de Acosta, Le Roy, y Bodin—igualmente opinaba sobre la civilización. En ese tiempo, Europa estaba arruinada por esporádicas guerras civiles que oponían la nobleza con el monarca, las gentes de los pueblos y los campesinos. Había además las guerras religiosas de la contrareforma que oponían a católicos y protestantes. Montaigne estaba aturdido porque, en agosto 1573, más de 10.000 protestantes fueron masacrados en una sola semana en ciudades francesas--como Paris y Rouen. Él comparaba las sociedades civilizadas de Europa desfavorablemente con las descripciones de los viajeros que retrataban los indígenas americanos como generosos, honestos, y no deseosos de los bienes de otros. Él veía la destrucción de las sociedades de los indígenas americanos y su desintegración como signos de la enfermedad de las sociedades civilizadas, la cual constantemente se encubría con mentiras que escondían la realidad y distorsionaban las leyes de la naturaleza. Él concluía su ensayo intitulado “De los caníbales” con comentarios hechos por los Tupinamba quienes habían sido traídos a Rouen para vivir en un parque etnológico en las afueras de la ciudad. Dos observaciones se destacaron en su memoria:

Pensaron que era muy extraño que tantos hombres adultos, con barba, fuertes, y armados que estaban alrededor del rey... tuvieran que obedecer a un niño (el rey)

Ellos notaron que había entre nosotros hombres llenos saciados con todo tipo de cosas, y que la otra mitad estaban mendigando en sus puertas, desnutridos con hambre y en la pobreza; y ellos pensaron que era extraño que esa mitad necesitada pudiera soportar tanta injusticia, y no tomaran a los otros por la garganta, o prendieran fuego a sus casas (Montaigne 1965:159).

Una crítica radical de la sociedad inglesa del siglo XVII

Gerrard Winstanley, un contemporáneo de Thomas Hobbes, insistía que en una sociedad organizada jerárquicamente, donde la tierra era poseída de manera privada y los privilegios eran desigualmente distribuidos, la ley funcionaba para preservar las relaciones sociales existentes. Winstanley además argüía que el gobierno no descansaba sólo en la coerción; además involucraba la aquiescencia del orden social existente. Desde esta perspectiva, el clero era ampliamente responsable de privar a la gente común de educación y de enseñarles a aceptar su lugar en la vida.

Rousseau y la crítica romántica de la civilización

La palabra civilización fue acuñada en la década de 1760 por los promotores ilustrados de la civilización para contrarrestar la idea de Jean Jacques Rousseau expresada en su *Discurso sobre los efectos morales de las artes y las ciencias*, según la cual las personas eran moralmente corrompidas por la vida en la sociedad civilizadas y que ni el progreso en el aprendizaje o el deseo de ser mejor que los demás había mejorado la condición humana. El decía:

La primera fuente del mal es la desigualdad. De la desigualdad viene la riqueza, las palabras ricos y pobres son relativas, y cuando los hombres eran iguales nunca hubo ricos y pobres. De la riqueza nació el lujo y la ociosidad. Del lujo, las finas artes nacieron, de la ociosidad las ciencias... (citado por Cranston 1982:243).

En su *Discurso sobre el Origen de la Desigualdad*, Rousseau además resaltaba que el desarrollo de la civilización

...daba nuevos poderes a los ricos; que irremediabilmente destruían la libertad natural, eternamente fijaban la ley y la propiedad y la desigualdad, convertían la hábil usurpación en un inalterable derecho, y, por la el beneficio de unos pocos individuos ambiciosos, sujetaban a toda la humanidad al trabajo perpetuo, la esclavitud, y la miseria (citado por Cranston 1982:243).

Desde su perspectiva, el proceso civilizatorio tenía diferentes efectos sobre los miembros de las clases bajas y en las elites gobernantes.

El primero solo respira paz y libertad; él desea únicamente vivir y ser libre del trabajo...El hombre civilizado, de otro lado, está siempre moviendo, sudando, devanándose los sesos para encontrar aún más ocupaciones laboriosas... Paga tributos a los hombres en el poder, a quienes odia, y a los ricos, a quienes desprecia; nada lo detiene para tener el honor de servirlos; él no está avergonzado de valorarse en la propia mezquindad y protección de ellos; y, orgulloso de su esclavitud, él habla con desdén de esos, quienes no tienen el honor de ocupar su lugar...La fuente de todas esas diferencias es que los hombres únicamente conocen como vivir de la opinión de los otros...(Citado por Cranston 1982:104)

La crítica de Rousseau sobre el orden social emergente fue, y todavía sigue siendo, un juicio devastador sobre la civilización. Él desafiaba los poderosos argumentos acerca de los beneficios supuestamente devengados de la conquista de la naturaleza y el desarrollo de un incremento de la civilización en el momento más álgido del capitalismo industrial, de la posesiva sociedad de mercado, en una fase de crecimiento explosivo en el noroccidente de Europa. Él era escéptico de las adiciones sobre que la civilización mejoraban la condición humana. En vez de ello, él dirección su atención hacia los valores que existieron en el mundo y que se perdieron cuando la civilización emergió, trayendo desigualdad y alienación a su paso.

Los valores de un mundo perdido--uno donde las desigualdades y alienación no son tan marcadas o no existen—fueron recordados por esos hombres y mujeres quienes fueron vencidos en el proceso civilizatorio; valores que todavía eran seguidos y mantenidos por los bárbaros quienes todavía no padecían los efectos devastadores de la civilización.

Marx, Engels, y la Crítica radical a la civilización

Karl Marx y Federico Engels veían la civilización como una forma particular de sociedad, una caracterizada por las divisiones de clase y el aparato estatal que mantenía las relaciones de desigualdad existentes. Ellos lanzaron su crítica a la civilización capitalista en la década de 1840. En el Manifiesto del partido comunista, ellos describían el impacto del desarrollo capitalista en la civilización propia y ajena.

La burguesía, por la rápida mejora de todos sus instrumentos de producción, por los inmensamente accesibles medios de comunicación, atrae todos, aún las naciones más bárbaras a la civilización. Los bajos precios de sus mercancías son artillería

pesada con la cual se derriban todas las murallas chinas, con la cual se fuerza el odio intensamente obstinado hacia los extranjeros a capitular. Obliga a todas las naciones, en peligro de extinción, a adoptar los modos burgueses de producción; los obliga a introducir lo que es llamado civilización en medio de ellos, es decir a hacerse burgueses. En una palabra, crea un mundo a partir de su propia imagen... (Marx & Engels 1848/1968:39-40)

En el *Origen de la familia, la propiedad privada y es el Estado*, Engels (1994/1972:161) describía el surgimiento de la civilización de la siguiente manera:

El poder de la comunidad primitiva tuvo que ser roto. Pero fue roto por las influencias que desde el inicio aparecen como degradación, una caída de la grandeza moral prístina de la sociedad antigua (organizada por lazos de parentesco).

Los intereses más bajos—la codicia pura, los apetitos brutales, la sórdida avaricia, el robo egoísta de la riqueza común—inauguran la nueva, civilizada, sociedad de clases. Es por medios viles—robo, violencia, fraude—que las viejas clases gentiles están socavadas y derrocadas.

Críticas liberales de la civilización

Ha habido críticas liberales a la civilización. Por ejemplo, en la década de 1830, John Stuart Mill (1973:399-400), un empleado de la Compañía de Indias Británicas del Este, describía las consecuencias del desarrollo capitalista para la civilización occidental y la cultura:

Tomemos, por ejemplo, la cuestión de cómo la humanidad se ha nutrido de la civilización. Un observador estará impresionado por la multiplicación del confort físico; el avance y la difusión del conocimiento; la decadencia de la superstición; la facilidad para la interacción, la flexibilización de los hábitos, el declive de la guerra y el conflicto personal; la progresiva limitación de la tiranía del fuerte sobre el débil; las grandes obras logradas a través del globo por la co-operación de las multitudes...Otros fijan su atención, no sobre el valor de esos beneficios, sino sobre el alto precio que debe ser pagado por ellos; la atenuación de la energía individual y el coraje; la pérdida del orgullo y la independencia autosuficiente; la esclavitud de una larga porción de la humanidad para necesidades artificiales; la torpe atrofante monotonía de sus vidas, y la insipidez del desapasionamiento, y

la ausencia de alguna marca de individualidad en el carácter; el contraste entre el entendimiento mecánico direccional, producida por una vida gastada en moverse de acuerdo a reglas fijadas en una determinada tarea, y la variedad de poderes del hombre en el bosque, cuya subsistencia y seguridad depende cada instante de su capacidad de extemporáneamente adaptar los medios a los fines; el efecto desmoralizador de las grandes desigualdades en la riqueza y el rango social; y el sufrimiento de grandes masas de gente de los países civilizados, cuyas necesidades son casi siempre mejor provistas que la de los salvajes, mientras ellos están unidos por miles de cadenas en medio de la libertad y la excitación que son su recompensa.

En los inicios del siglo XX, los críticos liberales ya habían construido sobre las visiones de Mill sobre las contradicciones de la civilización occidental. Ellos crecientemente creían que el progreso resultante de la producción de riqueza era meramente una ilusión optimista. La profunda recesión económica en la década de 1880 y 1890 les sugería por el contrario que la producción de riqueza ocurría en ráfagas breves que eran inevitablemente seguidas por periodos de estancamiento. Como resultado de esos ciclos, los continentes albergan las ruinas de naciones y civilizaciones muertas.

Sigmund Freud notaba que los ideales de la civilización y el progreso humano fueron afectados de mala manera por la brutalidad de la primera guerra mundial y el sufrimiento que generó. En *La civilización y su malestar*, él exploró como las “tardías acumulaciones de civilización” fueron despojadas por la guerra para revelar los elementos primarios o salvajes que estaban presentes aún en las sociedades más civilizadas. La mutua hostilidad de los seres humanos amenazaba la gran fábrica de la civilización misma. Así, desde sus pasiones instintivas hace caso omiso a la razón, “la civilización tiene que usar su máximo en orden a establecer límites a los agresivos instintos del hombre y a mantener sus manifestaciones controladas (Freud 1930/1961:59). Esto implicaría el uso de la ciencia y la tecnología para comprimir la naturaleza como también ajustar las relaciones sociales para mantener el orden.

La civilización, que tenía significativas dimensiones de clase y cultura, fue lo “impuesto a pesar de la resistencia de la mayoría por una minoría que entendió como apoderarse de los medios de poder y coerción” (Freud 1927/1961:4). Desde que el control de las masas por la minoría fue necesario, la coerción fue una herramienta indispensable para las clases más civilizadas, por que

Las masas son perezosas e ininteligentes; ellas no aprecian la renunciación instintiva, y no están para ser convencidos por argumentos de su inevitabilidad; los individuos que la componen se apoyan mutuamente para dar rienda suelta a su indisciplina.

Es únicamente a través de la influencia de individuos que pueden configurar un ejemplo y que las masas reconocen como sus líderes, que pueden ser inducidos a ejecutar el trabajo y someterse a las renunciaciones de las que depende la existencia de la civilización (Freud 1927/1961:4-5).

Asimismo, Freud (1927/1961:15) creía que la coerción era potencialmente peligrosa, porque podría provocar la hostilidad de las masas, especialmente

Si... una cultura no tiene más allá de un punto en el cual la satisfacción de una porción de sus participantes depende de la supresión de otra, quizás esa gran porción podría desarrollar una intensa hostilidad hacia la cultura cuya existencia ellos hacen posible por su trabajo, y que cuya riqueza comparten poco.

Inventando a los barbaros y otras gentes incivilizadas

Un rasgo integral de la civilización es que los grupos políticamente dominantes se esfuerzan por distinguirse así mismos social y culturalmente de las clases subordinadas en sus territorios y de las comunidades más allá de las fronteras. En el proceso, las clases dominantes retratan a sus miembros como civilizados, refinados, pulidos, y cultos; ellos representan a las clases subordinadas y a las comunidades por fuera del Estado como incivilizadas, barbáricas, crudas, rústicas, salvajes, feroces o bestiales.

La consecuencia más importante de esta etiqueta es que los grupos dominantes tienden a homogeneizar otras clases y comunidades al enfatizar una única dimensión de su esencia. En el proceso, la clase dominante simultáneamente empobrece su comprensión de esos grupos y oscurece su propia afinidad con ellos. Este acto en última instancia consume el miedo de la clase civilizada hacia los grupos subordinados de quienes apropián bienes y mano de obra. Su denigración de lo primitivo es simultáneamente una declaración de un deseo por la comunidad negada por la civilización misma. Mientras esa ponderación es siempre parte del proceso civilizatorio, la forma como los grupos subordinados son retratados varían de una civilización a otra.

En los últimos 500 años, tanto los impulsores y los críticos de la civilización han dibujados sus propias imágenes de los pueblos no civilizados apelando a las impresiones y argumentos de autoridades tempranas—como la biblia o clásicos comentaristas como Aristóteles, cuyos escritos acerca de sus propias sociedades les proveyeron con un abanico de ideas, imágenes, y metáforas que aprovecharon y reciclaron para sus propias generaciones. Los impulsores y críticos de la civilización han tradicionalmente opuesto la civilización a la naturaleza o han proclamado su desarrollo fuera de ella, usualmente a través de una serie de estadios o bajo ciertas circunstancias.

Salvajes, Bárbaros y gente civilizada

A finales del siglo XVI, la diversidad de sociedades humanas fue tempranamente comprendida en términos de una jerarquía de tipos encabezada por la civilización de Europa occidental: Salvajes, bárbaros, y civilizados. Al final del siglo XVIII, esta jerarquía de tipos sociales—salvajes, bárbaros y civilizados—había sido temporalizada. Se convirtió en una genealogía que retrataba el desarrollo social humano ocurrido a través de la progresión de estados: salvajismo, barbarismo, y civilización.

Sin embargo, el abismo que históricamente separaba a los civilizados de los bárbaros nunca fue completamente salvado por cosmovisiones cosmopolitas o universalistas—como el cristianismo—que afirman la unidad moral o espiritual de la humanidad. La razón es que esa separación provocada por los gobernantes y sus agentes para reciclar las imágenes negativas o para inventar nuevas formas de diferencia para legitimar la subordinación y la opresión son igualmente un importante rasgo de las civilizaciones. Como resultado, la clase gobernante o los agentes del Estado se apropian de filosofías cosmopolitas y universalistas y las usan para soportar los estereotipos que han resucitado o inventado. En otras palabras, ellos retratan a los miembros de las clases subordinadas o campesinas como bárbaros. Ellos representan esas diferencias como esencias permanentes que están enraizadas más en la naturaleza o en la naturaleza humana que en actos humanos deliberados.

Por ejemplo, Edmund Burke, el crítico conservador de la revolución francesa, decía que los participantes del alzamiento de 1789, quienes se unieron en oposición a las instituciones del Estado, eran una “multitud cochina”—una turba furiosa, violenta conducida por instintos criminales y por deseos insaciables de saquear, destruir la propiedad, para consumir bebidas alcohólicas, y para agredir la humanidad de los inocentes ciudadanos. Esta conducta patológica revelaba el lado oscuro de la naturaleza humana.

En 1877, por ejemplo, los editores del *Semanario de Harper*³ describía a los participantes del paro ferroviario como bárbaros que atacaban la propiedad y masacraban gente inocente; en la misma página, ellos retrataban a los indios Nez Perce como una clase criminal que le hacía guerra a la civilización.

La eugenesia le daba a este argumento una base biológica. En 1937, el antropólogo de Harvard Earnest Hooton señalaba que los tipos criminales era más cabeza redondos que las gentes civilizadas, y que “nosotros debemos abandonar la esperanza de paliativos sociológicos y encarar el hecho de tener que lidiar con [esas hereditarias] realidades biológicas” (citado por Chase 1980:186). Tales declaraciones eran recicladas esporádicamente para soportar las

3 Un semanario de Nueva York muy popular en la segunda mitad del siglo XIX. Igualmente el paro que menciona el autor fue uno de los más famosos en la historia de los Estados Unidos del siglo XIX. (N. del T.)

argumentaciones de que había una base hereditaria para la conducta criminal, la inteligencia, y así sucesivamente.

¡Los incivilizados hablan!

En sus propios ojos, la clase dominante arriba en la jerarquía social es la clase civilizada. Ellos cultivan esas creencias, valores, y metas que fomentan el desarrollo y esparcen lo que ellos perciben como una conducta iluminada o refinada. Ellos construyen elites culturales distinguidas, cuyos valores y metas consideran son estándares de excelencia que deberían ser emulados o reverberados. Como resultado de los privilegios que ellos han apropiados para sí mismos, las clases civilizadas creen que poseen el único y verdadero entendimiento de la civilización. Por virtud de su delicadeza y refinamiento que reclaman para sí, ellos ven la civilización yaciendo en oposición a la naturaleza y a las clases subordinadas y comunidades como incivilizadas o como parte de la naturaleza.

Desde que las clases dominantes definen y retratan a los grupos subordinados como incivilizados, ellos actúan diferentemente hacia ellos que hacia los de su propia clase. Las clases subordinadas y comunidades asimismo ven los otros grupos, especialmente las elites dominantes, como diferentes y ellos no actúan de las mismas maneras con ellos que como lo hacen unos con otros. Críticos con miradas divergentes como las de Rousseau, Marx, y Nietzsche han enfatizado en esta relación, la cual el filósofo alemán Georg Friedrich Hegel llamó la relación amo-esclavo.

Como resultado de la relación amo-esclavo, los llamados incivilizados inventados durante los periodos de formación de clase y del Estado, típicamente tienen percepciones de la civilización que difieren de la que poseen los gobernantes. Ellos ven lo civilizado desde un lugar diferente en la estructura de clase al de las clases gobernantes o el Estado. Sus locaciones subordinadas en las estructuras de poder también como los eventos y circunstancias de su vida de todos los días proveen las necesidades y los medios para examinar la civilización a través de lentes diferentes a los de los gobernantes. Ellos tienen una perspectiva que les permite forjar y probar análisis alternativos a los de la civilización de la cual hacen parte.

Las clases subordinadas y las comunidades a menudo reconocen con gran exactitud la lógica de la explotación y las desiguales relaciones de poder, desde que ellos están íntimamente familiarizados con la represión y la resistencia. Ellos igualmente entienden las razones estructurales por las cuales sus perspectivas de la civilización son distintivas y opuestas a las de la clase gobernante y el Estado. Por ejemplo, el jefe Joseph escribió perceptivamente acerca de las desiguales relaciones de poder de la civilización, cuando él prescribió una alternativa a las prácticas de genocidio y etnocidio llevadas a cabo por el gobierno de los Estados Unidos en los eventos de la guerra de Nez Percé de 1879.

No puede entender cómo el gobierno envía hombres para atacarnos, como hizo el General Miles, faltando a su palabra. El gobierno está equivocado al respecto. No puedo entender porque a muchos jefes se les permite expresarse de diversas maneras, y se les promete varias cosas... Muchas falsas representaciones han sido hechas, muchas comprensiones erradas se han levantado entre los hombres blancos acerca de los indios. Si el hombre blanco busca vivir en paz con los indios podrán hacerlo. No hay necesidad de conflictos. Tratar a todos los hombres por igual. Darles el mismo tratamiento ante la ley. Darles todo, aún la oportunidad de vivir y crecer... todas las personas deben tener iguales derechos...

Únicamente exijo al gobierno ser tratado como todos los otros hombres son tratados... Déjenme ser libre, un hombre libre para viajar, libre para parar, libre para trabajar, libre para comerciar donde lo escoja, libre de escoger mis propios maestros, libre de seguir la religión de mis padres, libre de pensar y de hablar y actuar por mismo... (Young Joseph 1879:431-432).

Los efectos de la relación amo-esclavo además cuestionan la verdad de la idea sostenida por las clases civilizadas de que ellos poseen el único y verdadero sentido de la civilización. Desde 1750, cada vez las implicaciones de la relación amo-esclavo han sido planteadas, las clases civilizadas las han ignorado, o les han negado su relevancia, o han atacado su validez. Por ejemplo, el ataque lanzado por Allan Bloom y Lynn Cheney⁴ en los currículos escolares que intentan incorporar perspectivas multiculturales es uno de los recientes esfuerzos por silenciar y borrar las voces de las clases subordinadas y de las comunidades—hombres y mujeres de color, gentes del tercer mundo y feministas. Sus ataques buscan proteger la cultura y la civilización de los bárbaros

Cuando los propagandistas de la clase dominante relatan las circunstancias adyacentes desafían sus propias miradas, rápidamente ellos soslayan el hecho de que sus propios puntos de vista fueron forjados en el contexto de esa discusión. Por otra parte, ellos convincentemente olvidan que las objeciones a sus puntos de vista acerca de la naturaleza monolítica de la civilización fue planteada en primer lugar. Como resultado, sus cuentas revisionistas de las categorías que ellos usan reciclan y renuevan sus viejos argumentos pero nunca los critican. Ellos hacen estos para salvaguardar la idea misma de civilización, como si hubiera algo que trasciende las relaciones sociales e históricas.

Ellos han continuamente argumentado que las jerarquías sociales y culturales de la sociedad civilizada son naturales y que las diferencias de clase, raza, y género que ellos discernen son producto de fuerzas naturales. En contraste, los pueblos que ocupan posiciones subordinadas en esas jerarquías sociales son a menudo

4 Intelectuales Estadounidenses contemporáneos.

increíblemente borrados por el hecho de que esas jerarquías y las categorías descriptivas usadas para representarlos son construcciones sociales que fueron inventadas bajo circunstancias sociales e históricas particulares. Al forjar su propia identidad, ellos han selectivamente apropiado, distorsionado, resistido y objetado las caracterizaciones de raza, etnicidad, género, y clase que las clases dominantes y el Estado han intentado imponer. Su reluctancia o su rechazo en tomar seriamente, tanto en palabra como en obra, las caracterizaciones asociadas con las categorías promovidas por el estado, proveen testimonio experto acerca de los que ellos piensan sobre las categorías resistidas en la vida de todos los días.

Consecuentemente, nosotros necesitamos pensar seriamente acerca de las implicaciones por continuar manteniendo la idea de la civilización por fuera de un marco crítico. Aserciones sin evaluación que suponen que la civilización es deseable, benéfica, o superior a las sociedades que carecen de relaciones sociales jerárquicas perpetúan y promueven los paradigmas de los poderosos, la auto-proclamada posesión y arbitraje de la cultura y el conocimiento. Al mismo tiempo ese tipo de enunciaciones distorsionan y trivializan la historia. Reconociendo la existencias de los grupos subordinados y agradeciendo los roles que ellos han jugado, sus contribuciones, sus maneras de ver el mundo se desafía la validez de los paradigmas que los soslayan. También plantean cuestiones al respecto de qué intereses son servidos cuando se repiten consideraciones al respecto de que las relaciones sociales opresivas y la violencias son inmutables, resultados naturales de la historia.

Referencias

- Bock, Kenneth
1956 *The Acceptance of Histories: Toward a Perspective for Social Science*. Berkeley.
- Chase, Allen
1980 *the Legacy of Malthus: The Social Costs of the New Scientific Racism*. Urbana.
- Cranston, Maurice
1982 *Jean-Jacques: The Early Life and Work of Jean-Jacques Rousseau, 1712-1754*. New York.
- Engels, Frederick
1884/1972 *The Origin of the Family, Private Property and the State*, edited by Eleanor Leacock. New York.
- Freud, Sigmund
1927/1961 *The Future of an Illusion*. New York.
1930/1961 *Civilization and Its Discontents*. New York.
- Marx, Karl and Frederick Engels
1848/1968 *Manifesto of the Communist Party*. In *Selected Works in One Volume*. New York.
- Mill, John Stuart
1973 *Dissertations and Discussions, Political, Philosophical, and Historical* 1. New York.
- Montaigne, Michel de
1965 *The Complete Essays of Montaigne*. Stanford.
- Pagden, Anthony
1988 'Defence of Civilization' in Eighteenth-Century Social Theory. *History of the Human Sciences* 1.

Quinn, David

1958 Ireland and Sixteenth Century European Expansion. *Historical Studies* 1.

Steward, Julian H.

1950 *Area Research: Theory and Practice*. New York.

Young Joseph

1879 An Indian's View of Indian Affairs. *North American Review* 269.